

Presidente
Sushro Leigh

Dos veces Presidente de la República, Senador en el interregno de sus dos Magistraturas, ningún chileno desconoce la influencia preponderante del General don Carlos Ibáñez del Campo en la vida y en el desarrollo de la Nación. Su figura es historia. La personalidad del estadista se alza rotunda y decisiva durante casi cuatro decenios en la existencia de la Patria. Sea porque estuviese frente al destino del país, conduciéndolo, o fuere porque las contingencias lo habían alejado de él, de su persona surgían líneas de fuerza, focos de tensión, corrientes poderosas que galvanizaban la atmósfera social y política de Chile. Incluso en las ausencias obligadas estaba presente, como una constante humana que otros gobernantes no podían descuidar. Hasta que sus pasos se detuvieron definitivamente, caminó siempre siguiendo muy de cerca los acontecimientos políticos e influyendo de modo notorio y eficaz sobre ellos.

PATRIMONIO UC

Constituye una paradoja incomprensible, pero es necesario reconocer la imposibilidad de que los chilenos mantengan una actitud neutral y objetiva frente al Gobernante y a su fructífera obra. Aún hoy, los contrarios al General Ibáñez son ásperos, crueles e injustos cuando lo enjuician, se les crispa la voz al hablar de él. O bien, el afecto profundo y franco de sus numerosos amigos, salvo excepciones, se resuelve en las vaguedades propias del amor humano. En su último Mensaje, en 1958, dejó constancia de que el tiempo histórico aún no era favorable para formular un juicio recto sobre sus dos Administraciones. Los años transcurridos desde entonces todavía no aquietan completamente las turbulencias.

Cuando una persona engendra en torno de sí estos torbellinos de afectos y de desafectos, de adhesión y de desapego, es

porque encierra un núcleo valioso, que lo consagra cual una individualidad sobresaliente. Los individuos desprovistos de una ulterior significación se desvanecen en la indiferencia. La experiencia histórica demuestra una y otra vez, por lo demás, que éste es el sino que siempre aguarda a las personalidades fuertes y decisivamente de terminantes en el acontecer nacional. La experiencia se repite desde el comienzo de la vida de la República. Así ocurrió con el Padre de la Patria General don Bernardo O'Higgins. Es el hado que se cierne sobre los personajes demasiado señeros en el porvenir de la Nación.

Falta mucho para que se complete una visión global de la vida y labor de don Carlos Ibáñez del Campo. Los testimonios fidedignos están aún dispersos. El historiador los necesita para reconstruir, interpretar y juzgar el sentido del hondo y amplio surco trazado por su voluntad realizadora. Están cegadas y en reserva muchas fuentes riquísimas en documentación, algunas de las cuales se conservan en los archivos privados. Nuevos factores de adversa confusión se introducen, porque abundan todavía los ojos que se resisten a justipreciar la calidad de lo hecho durante sus dos períodos. Se necesita un trabajo previo de despeje, que devuelva la transparencia a la mirada, que elimine los prejuicios y resquemores que la empañan. Ahora, cuando le rendimos un homenaje al completarse un siglo del día de su nacimiento, recién se presenta una coyuntura para entender y valorar a este inescrutable protagonista de una parte importantísima de la Historia de Chile. Parecería que estuviésemos en los albores de ese tiempo histórico propicio, de esa posición objetiva, que el entonces Presidente de la República anhelaba para que se juzgasen sus dos Administraciones.

No obstante, aún es temprano y sería precipitado apreciar ahora su extensa labor de Gobernante con la seriedad que él se merece. Representa una ardua tarea que los historiadores, situándose más allá de las pasiones, habrán de emprender. Por eso, preferimos abordar en esta oportunidad otro tema, el de su personalidad. Todo homenaje tiene que hacer, etimológicamente, con el "homo", con el "hombre", y sobre don Carlos, el hombre, vamos a hablar. Dispongo de los testimonios necesarios, porque casi cuatro años a su lado, frecuentándolo diariamente, más otro tiempo -hasta su muerte-, me permitieron acumular una experiencia riquísima e inestimable sobre su persona. Además, el oficio universitario a que uno está dedicado, por su naturaleza, inclina a no dejarse sugerir por la fluencia misma de los acontecimientos. Junto con participar en ellos uno tiende, asimismo, a contemplarlos como espectador. El General Ibáñez era perspicaz y sin alarde, tal vez los ojos era lo único que escapaba al dominio que ejercía sobre sí mismo, dominio sin el cual es imposible influir sobre los demás. Más de una vez me sorprendió observándolo, tomando la distancia requerida para captar mejor. Es imposible percibir bien lo que está muy cerca del observador. En ocasiones, al percatarse de la actitud alejada, sonreía con los ojos, no con los labios; en otras, notaba la mirada reprobadora, porque no estaba con él que alguien evadiese el campo de fuerza que producía a su alrededor.

Tratándose del Presidente e inolvidable amigo, mirar correspondía a admirar. Era asombroso el rasgo esencial y específico de su persona, era en verdad impresionante la voluntad de poder que de él emanaba. Irradiaba fuerza, del pozo profundo de su alma brotaba una energía increíble e inagotable. No la exhibía, estaba como

contenida en él; no la malgastaba en lo inútil y trivial; tampoco la descontrolaba, pues la ejercía sin prisa, gradualmente. El núcleo vital de su complejión anímica era la facultad de poder. Lo impulsaba una incansable determinación motivadora desde dentro. Era una reciedumbre sin exteriorizaciones vanas, carente de esas violencias en el vacío en que el empuje se consume a sí mismo. Solía impresionar como esos cielos encapotados, tormentosos, en que las fuerzas de la naturaleza parecen próximas a desencadenarse, pero sin que el desenlace arribe.

Intimamente era así, tal vez en forma constante, pero muchos no lo advertían. Porque mientras más candente era el ánimo, más fría y calculada era la palabra, más medidos los gestos. El fulgor de las pupilas desentonaba con los ademanes tranquilos, engañadoramente calmos. Aunque parezca inverosímil, don Carlos administraba la fuerza que bullía en su pecho. Conocí a personas penetrantes, a colaboradores agudos, que no lo advirtieron. Cuando se lo proponía, sí que era visible ese poder interior, pues creaba una atmósfera tensa en torno de sí, que en muchos provocaba un estado que iba desde el desasosiego al franco temor. Ví a Ministros que sin mediar palabra ni gesto algunos, se les escapaban los papeles de las manos; oí a un Alcalde, de una importante ciudad del sur, en vez de darle el trato de Su Excelencia, decirle públicamente en una reunión, Su Majestad. Si así lo decidía, nada de esto afloraba. Era un poder que provenía de sí mismo, no de la investidura. No precisaba ordenar ni ser obedecido, pedía las cosas, se estaba con él. El manejo de los seres humanos era extraordinario. ¡Cuántos se equivocaron al pensar que don Carlos era otro tipo de persona! Nunca había asistido a la sobrecogedora experiencia de observar la elimina-

ción de una persona en una audiencia numerosa. Sin un gesto ni pronunciar palabra alguna, el afectado se esfumaba recortado en el aire, a pesar de continuar ocupando su sitio. No sólo él advertía su ausente presencia, sino que los demás se enteraban que allí ya no estaba. El acompañante sería recuperado sólo después de abandonar todos el despacho presidencial. Era un poder que ejercía con notable dignidad, con inteligencia y con una extraña eficacia.

En las almas verdaderamente grandes suelen coexistir elementos de raíces antagónicas. Las contexturas espirituales fuertes y complejas, a menudo albergan disposiciones que parecen contrarias en los individuos comunes. Así, el hermetismo excluye la comunicación; la capacidad de poner distancia se opone a la facultad aproximativa del afecto; la firmeza, a la finura y la cortesía, y el buen humor, a la voluntad capaz de llegar al endurecimiento máximo. A don Carlos se le creía adustamente impenetrable, pero también era comunicativo y afectuoso; se le esperaba distante y áspero, mas aparecía próximo y afable; unos aguardaban frialdad impersonal y hallaban un trato acogedor; se le suponía rudo y era de una distinción delicadamente fina; se le consideraba lento y poseía una intuición rapidísima; le atribuían brusquedad y ausencia de imaginación, pero se desconcertaban ante un carácter amable, jovial, risueño, agudo en las observaciones. Nada se le escapaba. Todo eso y mucho más era don Carlos. De las profundidades de su fuero interno, cuando él lo quería, emergía siempre lo inesperado. Era imprevisible. Por eso, es difícil el consenso sobre su inextricable personalidad. Los rasgos que permiten entender una parte de su sello propio, no hacen posible la comprensión del amplio remanente que resta inexplicado. Es imposible despejar el halo críptico, un cierto trasfondo oculto y

misterioso, si no se recurre a una comprensión totalizadora. La rica variedad de sus disposiciones sólo tiene sentido en la unidad de su persona. No existe otra óptica para aclarar la complejidad de su ser, que considerarlo en su conjunto. Cualquier otro criterio incuriría en la unilateralidad, junto con resolverse en juicios simplificadores y arbitrarios.

Los seres humanos conformados tan singularmente suelen transferir al lenguaje lo que en ellos hay de propio. Determinadas expresiones adquieren sentidos peculiares. Así ocurría con don Carlos. Ante un proyecto, el grado de estimación se manifestaban en tres tipos de juicios apreciativos: "¡ regio !", "¡ bueno !" y "¡ hágalo si Ud. quiere !". "¡Regio!" significaba la aprobación entusiasta, el apoyo incondicional a la iniciativa, la seguridad de un resultado positivo. El "¡bueno!" tenía un matiz desganado, estaba bien, pero el plan contenía una cierta proporción de incertidumbre y de riesgo. "¡Hágalo si Ud. quiere!" era la desaprobación rotunda, porque presentía el contratiempo final, él no lo quería, no adoptaba la fórmula propuesta, pero la permitía respetando el derecho a ensayar y bajo la responsabilidad del proponente. Más de alguno se sintió autorizado y apoyado. Los hechos terminaban por dar razón al Presidente Ibáñez, quien poseía una experiencia extraordinaria de los hombres y de las situaciones. La penetración perceptiva y el saber que entregan los años intensamente vividos, le facultaban para evocar con espontaneidad un sinnúmero de situaciones similares, para recordar las consecuencias de soluciones análogas puestas en práctica. Anticipaba lo que habría de producirse. "Saber, de donde previsión; previsión, de donde acción". Conociese o no este principio básico, la verdad es que lo aplicaba permanentemente.

La privilegiada memoria para los hechos afines transcurridos, junto al poder interior de que ya hablamos, sumados a la capacidad para manejar las situaciones, reforzaban una parte de su enorme talento político. Durante los años en que tuve la fortuna de acompañarlo, el Presidente Ibáñez gobernó sin los partidos políticos, o para decirlo sin eufemismo, teniéndolos en contra. En un régimen de estructura partidaria, con el antagonismo de las entidades en que se manifiesta la opinión pública, frente a un Congreso opositor y agresivo, con una prensa mayoritariamente enemiga y obstinada en sembrar el descrédito, la tarea de gobernar era pesada, si no penosa. A lo anterior se sumaban el bajísimo precio del cobre, los efectos perniciosos de la carga inflacionaria y la necesidad de introducir medidas de saneamiento económico, que implicaban inevitables sacrificios a todos los chilenos. El peso negativo de lo anterior habría doblegado la resistencia de cualquier Mandatario al término de su período, inclinándolo a los compromisos fáciles y llevaderos, pero demagógicos. No obstante, se mantuvo impertérrito ante los contratiempos. Dominó las circunstancias.

Se impuso la prodigiosa sagacidad política de don Carlos. De una reserva impenetrable, como en el ajedrez, era diestro en jugar simultáneas sin que los contrarios se enterasen de que los lances eran múltiples y no individuales. Uno mismo, pese a la proximidad, conocía sólo uno la quinta parte de los planes en que personalmente participaba; de otra quinta parte tenía información precisa a través de las conexiones personales que siempre se establecen; presentía sin poder concretar un tercer quinto y del resto no sabía absolutamente nada. Quizá la proporción de lo ignorado era todavía mayor.

Llegaba a su despacho a las ocho de la mañana, pero en su escritorio privado ya había recibido durante dos horas en audiencias reservadas. Desanudaba junto con anudar, desarmaba junto con combinar. Es decir, jamás habría podido quedar cercado en un jaque político, porque nunca entornó una puerta sin antes no abrir otras dos o tres. Sereno, no se precipitaba, medía los pasos, esperaba siempre el momento oportuno. Las piezas eran movidas justo a tiempo, sin improvisación, ni antes ni después. Si le era útil aparecer embrollado y confuso, no vacilaba en aparentarlo. Sin que lo notase, cada cual ocupaba un lugar determinado en su tablero político. Irradiaba simpatía, pero no titubeaba en presentarse antipático cuando la necesidad así lo requería. Debía defenderse de sus enemigos, pero también y con cierta frecuencia de los amigos, que lo instaban en direcciones absurdas y sin destino. Remoto y próximo, olvidizo y de fiel memoria, cauto y arriesgado, hermético y comunicativo, duro y afectuoso, serio y risueño, silencioso y de palabra cauta, sereno y preocupado, la capacidad política de decidir no tenía límites en don Carlos.

La aptitud para sortear los inconvenientes -para "orillarlos", era la palabra que empleaba-, la sutil competencia política que lo caracterizó, la capacidad para orientar los acontecimientos, nunca fueron fines en sí mismos para el General Ibáñez, sino instrumentos para dar el mejor Gobierno posible. La suya no fue la política del político, sino la política de un auténtico estadista. Ante todo era un servidor del Estado, impersonal, el primero de los servidores, repitiendo una frase ya históricamente consagrada. Fue un gran Administrador de la República. Sólo la confluencia sumada de la fuerza íntima, de la voluntad realizadora, de una visión glo-

bal y adecuada del destino de la Patria, de una inteligencia concreta de los hechos e intereses públicos, de una experiencia sorprendente de los hombres y las situaciones, de una idoneidad política innata y de un sentido fervoroso de la nacionalidad, pueden explicar que en cada uno de sus períodos presidenciales haya renovado la estructura institucional de Chile. Su segunda Administración continuó la primera, poniendo a tono la estructura nacional con la calidad de los tiempos, tras un transcurso de veinte años entre una y otra.

La naturaleza íntima de don Carlos, el cimiento humano que da firmeza y solidez al alma de la persona, era chilénísimo en grado superlativo. Si el Dios bíblico formó de tierra al hombre, él fue modelado con la arcilla más pura y recia del suelo chileno. Cuando en una época de su vida se alejó de los campos de la zona central, para trabajar en los boscosos campos sureños, en medio de los robles que crecen inmediatos a las riberas del río Toltén, allí donde éste vierte sus tumultuosas aguas en el océano, el General Ibáñez marchó entonces hacia sus iguales. Porque era como un alto, añoso y fuerte árbol, de esos que se agitan sin doblegarse, que no se quiebran y resisten airoso los vendavales más violentos y adversos. El vocablo "hombre" proviene de "humus", la tierra, y el hombre con sentido de la tierra que fue don Carlos ha de haber amado el paisaje agreste y desafiante, tan similar a su vigoroso espíritu.

La anécdota es útil, frecuentemente, para poner de manifiesto la fibra humana constitutiva del núcleo más hondo de una persona. La anécdota entrega lo que no ha sido hecho público, lo inédito, aquello que no ha salido a luz. Extrae de la obscuridad, libera del estado de reserva a los rasgos esenciales, a sentidos muy finos

y veraces. La anécdota no sólo revela el ingenio, sino también el genio de una personalidad reciamente delineada. Es más sería de lo que suele pensarse, porque en el breve y escueto relato, surge persuasiva la intuición de cómo es una persona.

La fecha y el momento: la mañana del día de Noviembre de 1958 en que habría de efectuarse la Transmisión del Mando. Dos horas antes, oí pasos en el despacho presidencial. Era don Carlos, vestido con su uniforme de gala, el pecho de la guerrera revestido con las miniaturas de sus numerosas condecoraciones. Aún no terciaba la Banda de O'Higgins. Corto saludo, breves palabras sobre la nueva fase de su vida al retornar a las actividades privadas. El Jefe del Estado recogió pausadamente los efectos personales colocados encima del escritorio. Los papeles y documentos habían sido retirados antes. Cogía un gallardete y lo examinaba meditativamente antes de guardarlo, lo mismo hizo con unos cañones. Se detuvo más tiempo en una imagen de bulto de la Inmaculada Concepción, puesta allí por la señora Graciela. Otros objetos siguieron idéntico destino. Todo lo depositaba cuidadosamente. Pero, ¿dónde? Pues nada menos ni nada más que en un rústico canasto campesino de mimbre, de una sala asa, que sostenía en su antebrazo izquierdo. Abrió una de las hojas de la puerta, se volvió de sesgo y observó con semblante severo, pero con ojos risueños. Tras entornarse las batientes, me dije a mí mismo: -"¡Por esa puerta ha salido Chile!".

Su casa de Dublé Almeyda estaba construida como don Carlos, de tierra recia y de nobles maderas chilenas. Era la imagen de su persona. A ella me dirigía para visitar a don Carlos, a quien sabía enfermo sin esperanza de recuperación. Fue recibido en su biblioteca-escritorio. El artesonado lanzaba reflejos tristes. Lo acompa-

ñaban su esposa, alguna de sus hijas y otros miembros de la familia. Vestía uniforme militar. Erguido, hizo un saludo escueto. La guerrera le holgaba a causa del agravio de la enfermedad. Casi no habló. A ratos los ojos miraban sin ver, apuntando hacia un lugar invisible, hacia ese sitio donde el ser deja de ser. Me estremecí interiormente. Presentí que me encontraba por última vez con el respetado y entrañable amigo.

Después de unos minutos prudentes, me retiré. Al hacerlo, me detuve frente a don Carlos y a modo de despedida incliné la cabeza. Me observó sin interrumpir su silencio y alzó desalentado ambos brazos. En el gesto mudo, la exquisita finura de su alma dijo mucho. Se excusaba, porque ya no le era posible acompañarme hasta la calle, como lo hacía con todos sus visitantes. Anunciaba el desenlace que vislumbraba y al mismo tiempo era su despedida. Tuve la experiencia de como el corazón llora sin lágrimas que humedezcan los ojos, tristísima experiencia que después tendría con un hijo. Sin musitar palabra, lo había dicho todo. Transcurridos algunos días, en una noche en que Abril parecía ya duro invierno, hube de comunicar a los centenares de personas que se agolpaban en la calle, a las puertas de su casa, la última e infausta información que me encomendaba entregar: -"¡El General don Carlos Ibáñez del Campo acaba de fallecer!"

Todas estas impresiones equivalen a trazos en que he intentado delinear el humano y verdadero rostro de don Carlos. Son rasgos para dibujar el boceto de la figura del hombre y del estadista. Pero, ¿cómo resumir estas líneas en una fórmula que interprete fielmente a todos sus amigos, que compendie lo que don Car-

los dejó en cada uno de nosotros? Parece difícil y, no obstante, es fácil. Basta una frase sencilla y concisa: "¡ Nos tocó en suerte brindar amistad y recibir afecto, tuvimos la fortuna de conocer a un hombre admirable, excepcionalmente extraordinario, a don Carlos Ibañez del Campo !"

- MARIO CIUDAD



PATRIMONIO UC